R. 37.450

24

Cuento

por

Miguel L. Domínguez

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
— GRANADA —
Sala Caja C
Estante
Número 25 (24)

aquella Tia Mari-Eva cuya suerte no quería sufrir. y entonces avivando la llama con unas cuantas ramitas y algunas tortas de orujo, me refirió lo siguiente.

"Cuando yo era jovencillo, vivía en este Pueblo una muger tan anciana, que ni antes ni despues de ella, se ha conocido otra persona que cuente tan avanzada edad. Esta muger, llamada Maria Hasta los cuarenta años, la Tia Maria hasta los ochenta, y en vista de tanto vivir, la Tia Mari-Eva hasta los ciento veinte y cuatro en que murió, fue tan avara y guardadora, que nadie podia adivinar que es lo que hacía con el caudal que en metalico debia poseer. Ella heredó de sus padres, Una Casa, varios vasos Cales, un molino de pan moler, dos Cortijos, y una punta de ganado lanar de mil y tantas cabezas. Fue casada cuatro veces y de todos estos maridos tubo hijos, pero fueron muriendo, y dejando cuanto tenian á su Madre, Abuela ó tatarabuela, pues tambien tubo nueros nietos y vis nietos que adquirieron bienes de bastante entidad y que fueron á parar á la Tia Mari-Eva.

La Tia Mari-Eva, ni los labraba ni los arrendaba; tan luego como los heredaba, los ponía en venta, y en los ultimos

años de su vida enagenó hasta la casa en que vivia, á condicion de permanecer en ella hasta su fallecimiento.

La Tia Mari-Eva no era una muger gastosa ni mucho menos despilfarradora; sus comidas eran tan frugales, que no gastaba otra cosa que gachas ó migas de maíz, pan voltizo ó de centeno, y un puchero insustancial, puesto que se componía de semillas y legumbres frescas en el verano y secas en el invierno, sin mas sustancia que un pedazo de tocino, pues la carne, cuando solía haberla, nunca la compraba porque decía que era un pecado mortal gastar el dinero en ella. Y á pesar de eso, á la Tia Mari-Eva nunca se le habia conocido ni aun la mas leve dolencia. No tenía ultimamente á su lado mas que un muchacho y una muchacha sobrinos muy lejanos á quienes recogio por haber quedado huerfanos, y á quienes mantenía lo mas pobre y economicamente posible, mas bien que por caridad, porque la sirvieran, y á quienes no daba otra cosa que el suficiente alimento para no morirse de hambre.

A este sobrino, llamado Tiburcio como nombre de pila, le pusieron en el Pueblo y era conocido por el apodo de Rebusca á causa de que era muy agil y travieso, y suponian que él rebuscaría

donde ocultaba la Abuela el montón de oro que debía conservar? Pero se equivocaba; porque aunque el muchacho trabajó mucho para lo grabo, no le fue posible, y cuando trataba de examinarla, aquella le decía muy enfadada que no poseía nada absolutamente porque todo lo había ido gastando en atenciones secretas de que no debía dar cuenta a nadie.

Harto yá y convencido de no poder adivinar donde guardaba su tesoro, dispuso el buscar donde acomodarse para adquirir un jornal con que poderse vestir, porque ni aun esto le costeaba. Hechas sus diligencias, encontró un Cortijo donde lo admitieron de pastor, y despidiendose de la Abuela y de su hermana Cecilia se marchó á su destino á ocho leguas de este lugar. Antes de marcharse, encargó á su hermana que en el caso de que la Abuela enfermase de peligro, que tratara de indagar donde estaba el dinero, y que tubiera especial cuidado en avisarle para poder regresar antes que falleciese.

Tambien se despidió del Sr. Cura, á quien suplicó que aconsejase á la Abuela hiciera testamento y declaracion de el metalico que formaba su caudal, y con estas prevenciones salió de este Pueblo, y fue á guardar el ganado para que

se había contratado.

Diez años tenía Rebusca cuando salió de la casa, y otros diez transcurrieron aún, sin que la Tía Mari-Eva diese señales de quererse morir; mas como al cabo era mortal, llegó su hora, y cayó enferma al parecer, de un fuerte catarro que el Medico del Lugar calificó de una pulmonía fulminante, mandando la Sacramentar. Antes de hacerlo, pasó el Sr. Cura á confesarla, y en este acto, le manifestó la necesidad de que hiciera testamento y declaracion de sus bienes, á lo cual contestó resueltamente que nada poseía. En vano el Sacerdote le manifestó que tal modo de obrar era su condenacion, y que el infierno estaba principalmente abierto para las almas avaras que creian necesitar en el otro mundo y poder transportar á él las riquezas mundanales. Nada fue bastante y la Tia Mari-Eva espiró negativa.

La noche antes de que sucediera, y estando sola Cecilia al lado de su cama para subministrarle los medicamentos, se incorporó la vieja apoyando su descarnado brazo sobre la almohada, y cogiendo con una mano helada y temblorosa á la Sobrina por el cuello, la dijo. Cecilia.... Yo.... me muero....

...voy á hacerte un encargo que sino lo desempeñas tal como te lo voy á esplicar, volveré del otro mundo para castigarte, y todas las noches al acostarte verás mi esqueleto al lado de tu cama, y mis uñas arañarán tu rostro sin piedad, y te mortificaré continuamente, hasta que á fuerza de miedo y de terror logre arrancarte la vida. Ya sabes que los muertos dejan sus sepulturas para castigar á aquellos que no han cumplido su ultima voluntad, ó que no han guardado fielmente sus secretos.

La pobre niña aunque ya se hallaba en los diez y ocho años era sin embargo inocente y pura, acostumbrada á la obediencia, temerosa de Dios, y ante aquella horrible amenaza no pudo menos de intimidarse de tal modo, que no solo prometió, sino que juró á la moribunda hacer cuanto le ordenase.

Satisfecha con este juramento, le mandó entonces que cuando falleciese y en ocasion que nadie lo observara, bajase á la cuadra y en un rincon oscuro cuyas señas le esplicó minuciosamente, levantara unas piedras, y encontraría en una olla dos medias de seda llenas de onzas de oro. Que estos dos bultos procurára envolverlos entre su mortaja, sin que nadie lo notase, y que

si estraía de ellos una sola moneda, sus uñas se encargarían de castigarla.

Llovió como ya hemos dicho al día siguiente y solo se encontró en su arca varias prendas de uso, y Cuatrocientos reales envueltos en un papel en el que se leía — Para mi entierro — De ellos, se le compró una humilde Caja, y con el resto se le hizo un sencillo funeral al que nadie asistió porque la general opinión era que la Tía Mari-Eva se había condenado. Sin embargo el entierro tubo efecto á las 24 horas del fallecimiento, y durante el cuerpo presente en la casa mortuoria logró Cecilia sin que nadie la viese envolver en su mortaja las dos medias estraídas del escondite, y cuyo peso, á duras penas le permitió desempeñar su cometido.

En aquellos tiempos, (prosigió el anciano) se enterraban los Cadaveres en las bovedas de las Yglesias, bien en hichos costeados por las familias de los finados, ó arrimadas las cajas á los muros, sino podian hacer aquellos gastos. La caja de la Tía Mari-Eva ocupo uno de estos lugares.

El nuevo dueño de la Casa mortuoria se apodero de ella tan

Y luego como salio la difunta, y Cecilia fue recogida por unos labradores. La pobre niña avisó á su hermano el fallecimiento de la Abuela, pero este no pareció á causa de encontrarse en aquellos dias ocupado en la traslacion del ganado que guardaba á una de las ferias á que su amo concurria para la venta del mismo. Al recibir sinembargo la noticia luego que de la feria regresára, se despidio de su amo consentido en que ya no necesitaba servir puesto que su hermano guardaría el tesoro de la vieja. ¡Pero cual no fue su asombro al llegar á este Pueblo y encontrarse con la misma novedad! es decir, que la Tia Mari-Eva no tenía un cuarto. Su desesperacion fue tal, que intentó suicidarse, y el pobre Rebusca llamando á su hermana á parte le dijo.

—Cecilia: puesto que seguimos ignorando donde estan los dineros de nuestra Abuela, estamos condenados á la pobreza, pudiendo vivir con desahogo; mientras que alguien tropezará casualmente con ese tesoro, y disfrutará de lo q.e ahora tras pertenece. Para evitar esta dolorosa realidad, voy

ahora mismo á arrojarme al Rio desde la cumbre del peñon de Escaviante, y Dios perdonará mi estravio ocasionado por la avaricia de una muger á quien habrá sepultado en los profundos infiernos... ¡Adios Cecilia... mi determinacion esta tomada, y en la eternidad nos veremos. ¡¡Adios!!

Estremecióse Cecilia con esta amenaza, y pudo mas el amor fraternal que la fuerza del juramento hecho ante el lecho de la moribunda.

Le suplicó que se detubiese, y con el llanto en los ojos le pidio que abandonase tan descabellado determinacion. Refirio le lo ocurrido, é invitole á la resignacion puesto que ya no temia remedio, porque el tesoro habia sido sepultado con ella, y no era facil que nadie lo disputara.

Rebusca oyó con suma atencion el relato, prometió á su hermana desistir de su desesperado intento, y le encargó que á nadie revelase el secreto, porque de publicarlo pudiera el alma de la Abuela atormentarla segun se lo habia prometido.

En seguida, Rebusca se fue al Campo, sentose sobre un

Vibaro, é invirtio un dia entero en meditar cuando y de que forma pudiera él estraer del Cadaver de la Vieja las dos medias que su hermana le decia haber envuelto en su mortaja llenas de monedas de oro.

Concibió al fin su plan, y para que nadie lo trasluciese tomó alquilado un Cuarto aislado y solo en las afueras del Lugar, compró un jergon donde acostarse, una manta con que cubrirse y buscó trabajo en el Campo donde ganar un jornal. Dos transcurrió unos dias al cabo de los cuales, se previno de una palanqueta y otros efectos que conceptuó indispensables, y envuelto en su Capote, esperó la noche, y despues de dadas las doce se dirigió hacia la Yglesia, se encaramó por una lucana valido de sus buenas mañas, y se introdujo en ella dando un salto mortal que á otro cualquiera le hubiera costado la vida. Las Bovedas del templo se estremecieron al golpe de su caida, y el eco que produjo hizo que saliesen volando y espantadas las lechuzas y demas aves nocturnas que anidaban en las clavazones

y aguja de la Torre.

Dentro ya del Templo Rebusca y un tanto repuesto del espanto que su caida le ocasionára, dirigióse hacia una Capilla en la que avdía una lampara cuya luz opaca era la unica que se observaba en toda la Iglesia. El resplandor de esta luz se divisaba apenas sobre un altar un grande Crucifijo de la espiracion, ante el cual se arrodilló Fabricio un tanto arrepentido y temeroso, y cruzadas sus manos en actitud suplicante, esclamó.

¡Señor!... La desmedida avaricia de una muger nos ha condenado á mi pobre hermana y á mí á una miseria dolorosa, sin que por ello haya favorecido á otros seres mas ó menos desgraciados; si así lo hubiera hecho, mi conformidad sería la que debe tener todo cristiano ante los designios de la Providencia: pero ya lo veis, Padre mio: ese monton de monedas de oro que tanto pueda influir en el alivio de nuestra pobreza, yace sepultado entre el cadaver de esa muger á la que talvez habreis condenado á un fuego eterno por una accion tan despiadada. Yo así debo creerlo, y el paso que

sin embargo

voy á dar me aterra y me horrorisa; porque si he de llevarlo á cabo, á de ser á costa de una profanacion que á mi conciencia repugna. Si: yo voy á penetrar en la mansion sagrada de los muertos y á desenvolver el Sudario de un Cadaver; y esa accion es Sacrilega y criminál y no debo ponerla p.r obra. Vuestros arcanos Señor son incomprensibles, y varias Veces he oido decir que vuestra Justicia divina suele valerse de unas criaturas para castigar á otras. Sino fuera así, si mi atrevimiento os desagrada, no permitais que prosiga, mi paso adelante en mi proposito, demostradmelo de alguna manera para que mi arrepentimiento sea profundo y entrañable. La extincion de esa luz á cuyo palido resplandor os vivo, el canto imponente y triste de una lechuza, la mas leve muestra que me hagais conocer vuestro enojo será bastante para retirarme.

Formalizada esta Suplica dobló su cabeza sobre el pecho, y inmediatamente atentó esperó de rodillas un largo cuarto de hora, durante el cual, el Templo permaneció Silencioso, las lechuzas

se mantubieron calladas, y el mas leve soplo de viento no turbó ni alteró aquel sepulcral silencio, ni varió el grado de luz de aquella lampara proxima á la Ymagen del Crucificado.

Entonces se levantó decidido, encendió en dicha lampara un cerillo de dos varas que envuelto y al efecto llevaba á prevencion y con la palanqueta en una mano y la luz en la otra se dirigió á la capilla donde estaba la entrada de la boveda que servia de panteon á los difuntos feligreses. Sesentó con ayuda de la palanqueta la losa de su entrada, bajó sus doce escalones de piedra, y se halló en un local humedo y nauseabundo en donde á derecha é izquierda se veian colocadas cajas mortuorias de distintas formas y tamaños. Necesidad tubo Rebusca de inspeccionarlas una por una hasta encontrar el Cadaver de la Abuela. Cerciorada de su curiosidad, tentó minuciosamente su mortaja y á poco trabajo dió con los anhelados bultos intactos que cogió con avidez. Subió con ellos á la Yglesia, y estubo meditando algo que hacer con aquel cadaver en castigo de su avaricia. Nada se le ocurria, y pensó abrir un poco la puerta de la Calle para observar si habia ó no gente en los alrededores de la Yglesia. Des-

corrió con tiento el cerrojo y abrió un poco una de las hojas; pero al hacerlo, pasaban por delante seis u ocho moros del Pueblo que se dirigían á un Cortijo inmediato donde los esperaban las novias y sus familias para tener un rato de fiesta. Para ello, llebaban de prevencion dentro de un costal con el que iba cargado uno de los moros.

Al errar por delante de la Yglesia este grupo y al observar que su puerta se abría, se pararon maquinalmente, y al verlos Rebusca, prorrumpió en una carcajada seca y estridente semejante en un todo á las que la Tia Maria Eva solía dar, y que tan conocidas eran del vecindario. Al sonar dicha carcajada y al ver aquel bulto en la puerta entreabierta, dijeron todos los moros asustados ¡La Tia Mari-Eva! y soltando el costal emprendieron la fuga.

Entonces, Rebusca, salió de la Yglesia y apoderandose del costal volvió á entrar en ella. Cruzó por su imaginacion una idea diabolica, y dijo, Si, si, ... pongamos la por obra. Esta muger ha muerto condenada, y es necesario que su cadaver sea pulverizado. Bajó de nuevo á la bobeda, sacó el cuerpo de la vieja de su lecho mortuorio, lo subio á la Yglesia y le arrancó la mortaja. Vació el costal de los efectos bolicos que contenía, é introdujo en él la difunta cuya

operacion le fue facil por lo consumida y disecada que estaba. Concluida esta tarea, y atando tal como estaba la entrada del cortal, volvió á salir de la Yglesia cargado con él y lo colocó en el mismo sitio donde lo habian dejado caer. Regresó á la Yglesia, sacó de una de las medias veinte onzas de oro, puso seis de ellas en el platillo de las animas, metiendose en el bolsillo las catorce restantes; lió en su capote el contenido del cortal y las dos medias, bajó á la boveda, metió dentro de la tinaja la mortaja, cerrólo tal como estaba, volvió á colocar la losa de la entrada, no dejando vestigio alguno que demostrara la estancia en aquel lugar de criatura humana, ni la intervencion de persona alguna en la desaparicion de la vieja. Hecho todo esto, deshizo de su cintura una cuerda que á prevencion llevaba, ató con ella el capote con lo que dentro de él habia colocado, volvió a hechar el cerrojo en la puerta de la Yglesia, subio con su carga á la ventana por donde habia entrado, ayudado por otra cuerda que pendia de un cortinon inmediato, descolgó el capote, luego arrojó la palanqueta, y logró hacer lo mismo con su persona, dando otro salto mortal como el verificado á su entrada.

Alzose ya en la calle, observó si alguien transitaba por

lla, y viendose solo cargó con su botin, encaminose á su habitacion y se encerró en ella satisfecho de su obra.

Allí ya, pensó de nuevo, y dijo. Los fugitivos del contal deben haber vuelto por él y al hallar dentro á la Abuela han de alborotar el Pueblo. Pues bien: ayudemos á hacer creer que la condenada ha salido por sí sola de la sepultura para repartir su tesoro y que sirva de escarmiento á todo el que piense y obre como ella. Dicho esto, volvió á salir de nuevo, recorrió su imaginacion para acordarse cuales eran los vecinos mas pobres, y entre los que calificó como tales, fue repartiendo las catorce onzas de oro que había guardado en su bolsillo, introduciendo á cada uno de ellas por debajo de sus puertas, y dando una de aquellas carcajadas tan perfectamente parecidas á las de la vieja. Todos los habitantes las oyeron y todos se taparon la cabeza con la ropa de la cama, horrorizados creyendo que andaba en pena el alma de la Tia Mari-Eva.

Verificado así, se volvió á su morada y se acostó pensando en lo que resultaría á otro dia.

Las Mozas que huyeron despavoridas al pasar p^r la Yglesia, y que abandonaron el contal al oir la car

cazado de lo que ellos creyeron la Tía Travi-Eva, repuestos ya del susto y avergonzados de presentarse ante sus novias sin las prevenciones que aguardaban, determinaron, según de malicio Rebusca, volver al Sitio y recuperar el costal si de allí no había desaparecido. Así lo hicieron con las precauciones necesarias para defenderse si oposición hallasen; y cerciorados al aproximarse al Sitio, de que el costal permanecía en el mismo punto, cargaron con él precipitadamente y á pasos acelerados llegaron al caserío donde los esperaban.

Salieron á recibirlos todas las mozas, asustadas ya de la tardanza, y entregándose en el costal se dirigieron alegres y bulliciosas á la cocina para sacar su contenido. Tarea difícil hubo de emprendieron; pues por mas que unas y otras se empeñaban en sacar algo, no podían lograrlo. Todas se ocuparon en tirar y mastirar de un pie de la Vieja y viendo que nada lograban acudieron al auxilio de los mozos quienes no pudiendo tampoco sacar por mas esfuerzos que hacían lo que ellos esplicaban ser un famon, determinaron vargar el costal. Así lo hicieron en efecto, con una sola

cuchillada, dejando en descubierto ante toda la concurrencia el acartonado cuerpo de la Tia Mari-Eva.

El susto, la admiracion y el espanto, se apoderó de los mozos y de las otras, y un grito unánime resonó en toda la estancia huyendo despavoridas cada cual por su lado á ocultarse de aquella vision. Nadie sabrá como esplicar aquel acontecimiento, ni como resolverse á salir de aquel vaso compromiso.

Ultimamente consultaron y convinieron que la Tia Mari-Eva estaba condenada y que Dios se habia valido de ellos para su castigo haciendola salir de la Yglesia cuando pasaban, é introduciendola en el costal, evadando lo que aquel contenia; en su consecuencia, los mozos de aquella reunion vinieron al lugar, estrageron del Corral del Padre Cura un pequeño potro que estaba criando la Yegua del mismo, y solo llebaron al Cortijo donde yacia tendido en la cocina el inanimado cuerpo de la Vieja. Cogieronla entre dos de ellos, y la montaron sugeto con unas toniras so bre el bullicioso y ligero potro, colocando en su mano derecha una larga caña á guisa de lanza; y en esta forma sacaron al campo el po-

trillo y lo dejaron en medio de un bancál sembrado de trigo de la propiedad del Alcalde. Así verificado, se deshizo la reunion procurando y ofreciendo todos guardar el secreto puesto que á todos interesaba.

Al amanecér del siguiente día, el Padre Cura hechó de vér que le habian robado el potro, y empezó á divulgarse la noticia por todo el Lugar. Tambien se hablaba de las carcajadas que se habian oido, y á la vez los trabajadores que habian salido á escardár, se volvian del Campo asegurando que dicho potro lo tenia la Tia Mari Eva, y que estaba metida y montada en él en el bancál del Señor Alcalde.

En vista de ello, este Señor invitó al Padre Cura para que saliese á ahuyentar á aquella condenada, y montado en su Yegua, acompañado del Sacristan con el hisopo y el acetre de agua vendita y seguido de todos los vecinos, se dirigió al punto que le indicaron, y con efecto, el potro ocupado con la Vieja se veia paciendo en medio del bancál.

Desde el momento en que el Padre Cura se convencio de q.e era su potro, empezó sus exhorcismos, y conjurando in voce á la vieja, le decía — De parte de Dios te digo que me digas que quieres, y te conjuro

para q. vuelvas á la fosa de donde te has salido y dejes libre y desembara
zado a mi potro. Al mismo tiempo, relinchó la Yegua que había conocido á
su hijo, y este que oyó á su madre, partió como un rayo hacia ella, y ¡oh
tribulacion! El Padre Cura volvió grupa, metió piernas á la Yegua, y
huyendo a todo escape procuraba evadir el alcance de la Vieja, que el potro
la conducía por incorporarse a su madre. El Padre Sacristan dejó caér el
acetre y el hisopo y agarrado á la cola de la Yegua, volaba al par que ella,
y el vecindario corría tambien diciendo voz en grito, ¡Huya V. Señor Cura,
que lo alcanza, que lo alcanza! Y la Vieja cuya Caña se había aflojado,
daba ya con ella en la cabeza del Sacristan y en las espaldas del Padre
Cura, cuando este logró llegar á la puerta de su Casa que estaba abierta
y donde se introdujo precipitadamente. El potro al hacer otro tanto,
tropezó la Vieja con la Caña atravesandose en el dintel, y desata
das ya las tonizas á impulsos de la carrera, cayó en medio de la calle
y entró el potro libre de su carga, donde jadeante y brotando sudor
estaba la Yegua. Examine y sin poderse bajar de ella permanecía
el Sr. Cura, y tendido en el Suelo el pobre Sacristan casi reventado.

Entonces el vecindario se precipitó sobre la condenada cuyo disecado

Cadaver pulverizaron á palos y pedradas sin que pudiera encontrarse el mas pequeño fracmento á quien poder dár sepultura nuevamente.

Cumplióse así lo que Rebusca había dicho: "Esta muger está condenada, y es necesario que su cadaver sea pulverizado"

Mandóse hacer un reconocimiento de la Bovéda y hallaron que la caja de la Tia Mari-Eva solo contenía la montaña sin que hubiera señales de que nadie hubiera estraido de su cuerpo. La caja estaba cerrada, la pesada losa no presentaba indicios de haber sido levantada, la puerta de la Yglesia no había sufrido fractura y por consiguiente, lo sucedido con la Tia Mari Eva, no era otra cosa que un justo castigo de la Providencia. Formóse un espediente sobre el caso, en el que se testimonió todo esto. Ademas se consignó en él, el encuentro de las seis onzas de oro halladas en el platillo de las Animas y de las cuales se apoderó la hermandad, y se hizo constar la declaracion de los que habian encontrado una onza metida por baso de sus puertas, y oido las carcajadas de la difunta; los moros de la fiesta preparada en el Cortijo confesaron tambien que al pasar como á la una de la noche por delante de la Yglesia habian visto abrir su puerta y presentarse en ella á la Tia Mari-Eva, la cual al verles prorrumpió en una horrorosa carcajada; ocultaron el abandono y

recuperacion del Portal, y solo añadieron que al oir aquella risa se les erizó el pelo y se alejaron de aquel sitio. Con pocas escepciones, todos los vecinos manifestaron haberla oido desde la cama, y.... ¡Oh preocupaciones del miedo! hubo algunas q. afirmaron y aun juraron haberla visto palpablemente volar por delante de sus ventanas.

Rebusca confesó igualmente que la citada noche, estando durmiendo, habia sido despertado por la misma carcajada oida dentro de su habitacion y que sintió sobre su cama el ruido sonoro de algunas monedas y la voz de la Abuela que le decia — Toma, toma, Tiburcio, Toma y encomiendame a Dios para que me perdone — De todo ello se dedujo que la Tia Mariquita habia sido condenada á repartir su tesoro, y que ya verificado, era necesario hacerla un nuevo funeral con cuyo objeto habria dejado las seis onzas en el platillo de las animas. Asi lo acordó la Hermandad, y asi se verificó, á el que ya acudió todo el Pueblo para implorar del Eterno el descanso de su alma; y un sermon del Padre Cura acabó de

24 aquietar los animos apartados de ellos y haciendoles concebir un odio implacable al infame pecado de la avaricia.

Rebusca siguio unos cuantos meses en el Pueblo en compañia de su hermana á quien llebó consigo, y despues se marchó con ella á otra Poblacion distante de esta en las inmediaciones de la Villa de Olva. Allí fue comprando poco á poco tierras y cortijos, instaló su casa y planteó su fortuna y la de su hermana á quien dotó y casó convenientemente.

Cuando alguno de este Pueblo se ha visto en algun apuro y ha acudido en busca de Fabricio nunca haya regresado descontento, porque ha satisfecho sus deudas y les ha subministrado algun socorro. Hoy aun vive, y sigue egerciendo la Caridad en todo el desvalido q de él la implora. Tiene mi misma edad, y no habiendose casado nunca, se dice que dejará sus bienes á sus pa-

25 vientes pobres !!

Así concluyó el anciano su narracion, durante la cual se apuraron de un todo las atochas y el orujo, y nos vimos precisados cada cual á marcharnos á la Cama. Desde entonces y apesar de cuarenta años transcurridos, no he olvidado esta estraordinaria historia, cuyos pormenores he relatado sin omitir, añadir ni exagerar el mas insignificante incidente.

Granada 25 de Abril de 1874.

Miguel L. Dominguez.